

norarlo para no inspirar desconfianza a sus hombres hablando con los prisioneros en su idioma que ellos no conocían y que podía despertar algún recelo.

Conviene pensar un momento en la diferencia existente entre el ejército regular y los cuerpos francos. En el ejército el soldado cumplía fielmente las órdenes de sus jefes, mecánicamente, porque tenía aceptada y reconocida su jerarquía militar. En cambio en las partidas la obediencia se verificaba únicamente por un acto de fe que los hombres ponían en el jefe, esto le obligaba a ser el primero en las batallas, a solucionar todos los problemas que se les presentaban y a llevarles de victoria en victoria. La derrota del ejército se compensaba con la disciplina que obligaba al soldado a continuar sirviendo fielmente a sus superiores. En los cuerpos francos la repetición de hechos desastrosos ocasionaba la deserción, el abandono del fracasado jefe o la aparición de otro caudillo que formaba una nueva partida o fusionaba la suya con la desorganizada y abatida guerrilla que se negaba a seguir luchando con un jefe que había perdido el prestigio y no les proporcionaba cómodas victorias y rico botín. El ejército era el conjunto disciplinado de soldados que combatían a las órdenes de los jefes que se les imponía. La partida era un hombre al que rodeaban un grupo más o menos numeroso de admiradores que le seguían fielmente confiando en sus cualidades sobresalientes y que no vacilaban en llevar a cabo los hechos más temerarios que pudieran presentarse porque sabían que a su cabeza, delante de todos, el jefe de partida les llevaba a la victoria y sería el que se encontrase en el lugar de mayor peligro y el que en un momento de apuro estaría a su lado. Por esto el guerrillero se convierte en un padre de familia de todos los hombres que le siguen y con los cuales comparte su vida, penas y alegrías, privaciones o fortunas.

Las partidas estaban formadas por hombres a los que había unido el propósito de vengar los incendios, saqueos y violencias cometidos por los franceses contra las poblaciones indefensas o por el deseo de ganar con las armas un puesto destacado en la vida militar que les sacaría de la oscuridad de sus aldeas. Muchos por verdadero fervor patriótico de ayudar con su persona al esfuerzo común de expulsar al invasor y algunos, los menos, gente ambiciosa de botín que llegaron a degenerar en verdaderos bandidos. Los tres primeros indicados entraban en la vida de D. Juan Palarea y por ello encontró la fe de sus hombres constantemente puesta en él y por eso nunca llegó a encontrar en su camino al peor

